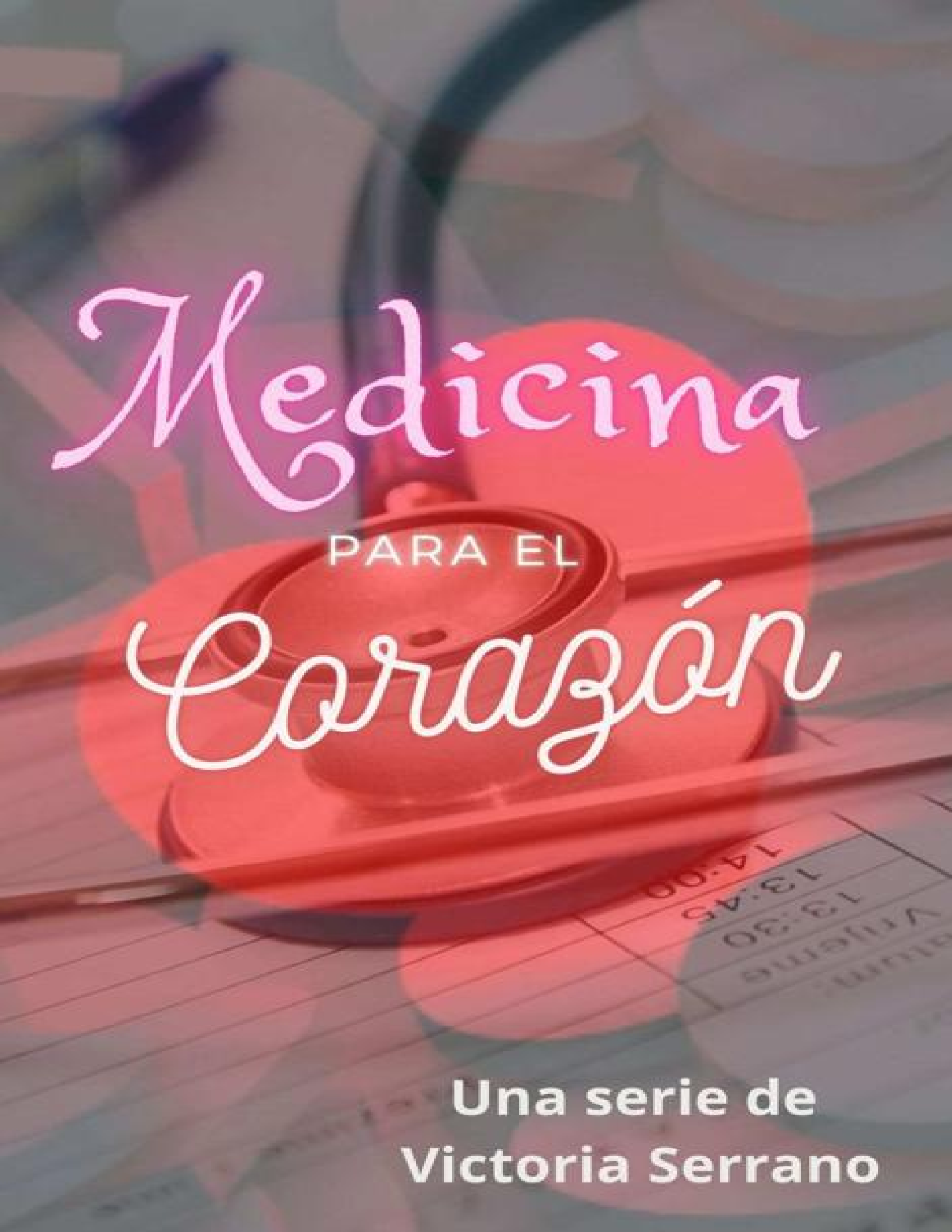




Medicina

PARA EL

Corazón

Una serie de
Victoria Serrano

Capítulo 5

De dos en dos

Victoria Serrano

Copyright © 2024 Victoria Serrano

Todos los derechos reservados

Los personajes y acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no intención del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso expreso y por escrito del editor.

Prologo

Jorge y Alejandro

Leo y Eduardo.

No hay mucho más que decir si no quiero haceros spoilers.

Solo diré que son cuatro corazones a punto de explotar, cuatro almas con ganas de que les amen y sin duda hay alguien dispuesto a darles todo el amor que están buscando, aunque ninguan de estas historias es fácil, pero tampoco es tan complicada.

Solo se trata de dejarse querer y luchar por lo que realmente uno quiere, siempre y cuando todos estén dispuestos a enfrentarse a lo todos los problemas que vengan de frente... o por la espalda.

Capítulo 05

Apenas hablaron del enorme elefante rosa entre ellos en los siguientes días. Jorge se había declarado... o algo parecido. Ahora eran novios, por lo menos fuera del hospital, fuera de los ojos de sus padres o de cualquier persona que los conociera.

Para Alejandro era suficiente; dentro de lo posible, claro. Porque lo que él quería era tener un novio al que darle un beso cuando lo viera por los pasillos, abrazarle cuando le apeteciera y hacerle sentir bien cuando le viera estresado.

Pero saber que Jorge sentía por él, lo mismo que Alejandro, que lo suyo era recíproco, aunque tuviera que ser mantenido en secreto, era mucho más de lo que había podido esperar, solo un par de días antes.

Sin embargo, Alejandro notó en seguida que el estado de ánimo de Jorge iba empeorando rápidamente desde aquel momento extremadamente romántico. Lo malo es que no comprendía el motivo.

Se volvía más silencioso en las horas de trabajo, frío con los internos que tenía a su cargo y a la mínima que alguien cometía un error, ya fuera en hacer una mínima extracción de sangre o porque hacía un primer comentario incorrecto, les decía alguna cosa horrible.

“No sé por qué estás malgastando los recursos de este programa.”

“Deberías estar aquí para aprender y mira lo que estás haciendo.”

“Si no eres capaz de poner una vía bien a la primera, a lo mejor se te da mejor ser fontanero, esas tuberías son más tu lugar.”

Alejandro imaginó que se trataba del hombro dislocado, que le dolía. Desde luego no tendría que haber decidido volver al trabajo tan pronto. Su jefe, el doctor Alvarez, había sido muy claro en sus palabras.

“Un comercial que vuelve al trabajo antes de tiempo con un hombro dislocado, hará un par de visitas menos a sus clientes. Un médico que se apresura demasiado a volver al quirófano con un hombro dislocado puede poner en peligro la vida de su paciente.”

El doctor Alvarado era siempre directo en sus palabras, pero su mirada lo era mucho más. Sus ojos claros, eran siempre capaces de atravesar cualquier personalidad. No era muy mayor, todavía no había cumplido los cuarenta y cinco y decían que tenía el récord en el hospital del especialista más joven en haber llegado a su puesto.

Tenía reputación de ser atento con todos los internos y gustaba a los residentes porque enseñaba bien.

“No puedo quedarme en casa, doctor. Los dos sabemos que faltan recursos, aquí en el hospital.”

“Y un compañero con un brazo en cabestrillo, no será de mucha utilidad si además está dopado con analgésicos.”

“¿Está insinuando que tengo algún problema con algún tipo de sustancias doctor Álvarez?”

“No es eso lo que intentaba decir.”

“Pero ha oído algo.” Dijo Jorge y se quedó mirando fijamente a su superior.

El doctor Alvarez, suspiró y dejó caer los hombros.

“Lamento mis palabras. Lo cierto es que tengo órdenes desde arriba, todos los especialistas que estamos por encima de vosotros, de encontrar, en el caso de que lo haya, el rastro de algún consumidor de drogas, en el interior del hospital.”

Por suerte para Alejandro, no escuchó esa conversación y Jorge no le contó nada de lo que había hablado con el doctor Alvarez. pero eso no le quitó el mal humor. Además, no era el más capacitado para ocultar sus emociones y mucho menos para hacerlo delante de la persona que más le importaba en el mundo.

Al tercer día de hacer llorar a algún que otro interno que estaba a su cargo; todo el mundo en el hospital se había dado cuenta que había algo que no iba bien con Jorge, así que Ramón Cabeza le puso un meeting en privado, quitándole su participación en una operación a corazón abierto en la que esperaba estar presente, aunque no pudiera hacer nada debido a su hombro dislocado.

Eso le hizo sentirse todavía peor y convertirse en lo más parecido a una bomba nuclear a pocos minutos de estallar y cerró la puerta del despacho de Ramón de golpe.

“No es necesario que todo el hospital se entere de que tienes problemas conmigo.” Dijo Ramón y luego le hizo un gesto para que se sentara frente a él. “Entiendo que hay algo que te preocupa y también supongo que no soy la persona con la que quieres hablar ahora mismo, pero no puedes comportarte como un Rambo de la medicina con estudiantes. Tus acciones pueden llevar a jóvenes médicos a dejar su sueño, o su vocación.”

Jorge dejó salir una ligera carcajada.

“Señor, dudo que ninguno de los internos que han entrado este año en el programa del hospital vaya a cambiar la historia de la medicina.”

“¿Incluye eso a mis hijos o lo dices para que no recuerde que os estáis viendo fuera del hospital y no precisamente para estudiar?”

“Doctor Cabeza.”

“No me importa lo que hagas con tu vida cuando no eres el doctor Tomás, muchacho. No me interesa meterme en la vida personal de mi hijo si no quiere decir que está saliendo con su responsable, por mucho que eso me parezca una locura y pueda poner en peligro su carrera.” Jorge apretó la mandíbula y se puso tenso, pero no dijo nada y siguió escuchando. “Te aseguro

que no soy ese tipo de padre, ni ese tipo de jefe. Lo que me importa es saber si vuestra relación tiene algo que ver con tu comportamiento de estos días.”

“Doctor Cabeza, le prometo que Alejandro no tiene nada que ver y si estoy un poco más tenso de lo normal es porque estoy cansado y hay mucho trabajo, pero prometo cambiar y relajarme un poco con los internos.”

Ramón no esperaba que Jorge le contara nada personal, no se conocían lo bastante bien. Pero no era estúpido y se había dado cuenta que su hijo y su responsable tenían algo más que una relación profesional. Si al menos tuvieran una relación más positiva con su hijo, probablemente sabría algo más.

“Entonces... las relaciones personales entre un interno y su responsable, están prohibidas en este hospital. Debería...”

“Se perfectamente lo que debería hacer o cómo debiera escribir ya un mail al doctor Alcaide para decirle lo que está ocurriendo entre Alejandro y tú. Pero te recuerdo que Alejandro sigue siendo mi hijo y no voy a arruinarle la carrera por otro desliz.”

Jorge se mordió el labio, sabía perfectamente lo que lo suyo con Alejandro no era un desliz y se odiaba por no poder demostrar dentro de las cuatro paredes del hospital y todavía peor se sentía por no haber sido capaz de demostrarle al propio Alejandro lo que sentía por él.

“Gracias doctor Cabeza.” Fue todo lo que Jorge fue capaz de decir. “Pero le aseguro que le puedo asegurar que lo que hay entre su hijo y yo no tiene nada que ver con un desliz. Si no fuera por las reglas que existen aquí dentro...”

“Se de lo que hablas, pero cuando hablo de “otro” desliz, imagino que ya sabrás a lo que me refiero.”

“¿Es por eso que están buscando en el hospital algún médico abusando de sustancias? ¿Está ocultando los problemas de Alejandro? Él me juró que eso era parte de su pasado.”

Ramón se levantó de su sillón y dio la vuelta a la mesa, se sentó en el borde para estar más cerca de Jorge, pero no llegó a molestarle.

“Lo es, pero se ha corrido cierta voz. No hay nombres, pero la gente murmura y ahora buscan a un drogadicto.” Ramón se cruzó de brazos. “No estoy dispuesto a que lleguen a mi hijo.”

Jorge asintió, por fin los dos estaban de acuerdo en algo; los dos querían proteger a Alejandro.

Sin embargo se trataba de algo más, Ramón se había dado cuenta que había algo más en los ojos del residente, algo que no le estaba contando.

“Jorge, muchacho. Se que hay algo más que te preocupa y se que no soy la persona a la que le confiarías un problema, pero...”

“Lo siento doctor Cabeza. Se trata de algo personal y de nuevo le pido perdón por mi

comportamiento con los internos. “Me han preguntado si abuso de sustancias y no me lo he tomado bien. Sabía que eso pone en peligro a Alejandro. Eso unido a ciertas cosas mías... me han hecho portarme de un modo poco profesional. No volverá a pasar.”

“Eres un buen jefe de internos, he visto que te importan y hasta hace unos días, he visto que muchos de los que tú mismo has entrenado, se han convertido en residentes. Tienes madera de líder, de profesor. Pero debes arreglar primero tus propios problemas.”

Jorge asintió y agradecido salió del despacho de Ramón.

Alejandro lo vio aparecer de nuevo en urgencias. Su expresión seguía siendo la de alguien preocupado y se moría de ganas por acercarse, cogerle del brazo, frotar la espalda y preguntarle, decirle que todo estaba bien y que podía contar con él.

Pero no lo hizo, porque no era su novio, no de forma oficial, no cuando estaban dentro del hospital y no podía comportarse como nada más que un interno.

“Tenemos dos heridas de arma de fuego.” Dijo la voz de uno de los paramédicos que entró subido en la camilla que llevaban dos compañeros. Le estaba haciendo un CPR a un hombre de unos cincuenta años y tenía el uniforme cubierto de sangre. “Varón, más de cincuenta con dos orificios de bala, uno en el muslo derecho y el otro en el costado. Puede haber perforado algún órgano vital.”

“Mujer, treinta y tantos, herida de proyectil en el brazo derecho.” Dijo el miembro del otro equipo de paramédicos que entraba en el hospital con la otra camilla.

Tanto Ramón, dando órdenes a residentes e internos como Lázaro Quesada, cirujano de traumatología y experto en heridas de bala por haber sido médico en el ejército en zonas de guerra, se encargaron de los heridos.

El doctor Cabeza se quedó con la mujer, ya que su herida parecía menos complicada, mientras que Lázaro llamó a Jorge y a dos de los internos a su cargo, Alejandro entre ellos, para ocuparse del hombre herido.

El paso por urgencias fue rápido, pues Lázaro se dio cuenta enseguida que el hombre necesitaba ser intervenido en el quirófano.

“La herida en la pierna le hará desangrarse, la otra probablemente provocará pronto una hemorragia interna, que lo matará igualmente. Nos vamos para arriba.”

“Un momento, tenemos un problema”, dijo Joshua, jefe de enfermeros, acercándose con la tablet en las manos. “He chequeado su ID. Ricardo Santos, no tiene más documentación que su carnet de conducir. No sabemos de quién se trata, por lo que sabemos ahora mismo, su identidad es falsa y con herida de bala... estoy no pinta bien.

“¿Qué me estás diciendo con eso Josh? No me jodas.” Preguntó Lázaro, aunque sabía perfectamente lo que esas palabras significaban. “Puede que este hombre sea un criminal o puede que le hayan atracado unos criminales, no lo sé, ni me importa, porque no es mi trabajo opinar

sobre eso.”

“Yo no pongo las normas Lázaro.”

“Joder, Josh.”

Jorge no estaba teniendo el mejor día y desde luego no necesitaba tener delante de sus ojos esa escena. Alejandro se acercó un poco más a él y le dio un toque en la espalda para llamar su atención.

“¿Qué está pasando?”

“Por lo visto el paciente puede tener antecedentes.” Comenzó a decir Jorge. “Además, lo que tenemos delante, hace suponer que se ha visto envuelto en algún tipo de delito, por lo que hay que llamar a la policía.”

“Pero eso es bueno ¿no?” Preguntó Alejandro, intentando disimular la emoción que le causaba la idea de ver una operación en el hospital en sus primeros meses de trabajo. “Ayudaríamos a la policía a solucionar un caso.”

“No te puedes imaginar el lío que se arma en arma aquí dentro cuando tenemos policía haciéndose cargo de una situación.”

El doctor Quesada se había detenido, el tiempo parecía haberse detenido mientras alguien intentaba encontrar el modo de solucionar aquella situación imposible, mientras el hombre que tenía en la camilla se iba encaminando hacia una muerte segura desangrándose.

“No vamos a dejarle aquí, así ¿verdad doctor Quesada?” Preguntó finalmente Jorge. “Tenemos que operarle, cerrarle la herida de la pierna y cortar la hemorragia interna. Mientras tanto llamaremos a la policía.”

Lázaro se puso manos a la obra con unos movimientos seguros que podría hacer con los ojos cerrados.

“Sí, claro que vamos a operarle, perdemos tenemos que asegurarnos todos de recuperar las balas; tienen que llegar a la policía, igual que la ropa de este hombre o cualquier otra prueba que la policía pueda usar para saber lo que le ha pasado.”

No era la primera vez que Alejandro se veía en medio de un caso como aquel, aunque la primera había sido muy diferente, mucho más personal y todavía formaba parte de su memoria, más como un sueño que como un recuerdo.

La muerte de su madre, era más un trauma que un recuerdo.

Le habían disparado y ella no era ninguna criminal. Había estado en el lugar equivocado, en el momento incorrecto, en medio de un tiroteo. Había muerto en el hospital, con unas heridas que los médicos habían podido curar a tiempo.

Pero lo que tenía claro era que su madre no era ninguna criminal.

Tal vez ese hombre tampoco era ningún criminal. Tal vez también él era una víctima circunstancial, como lo había sido su madre.

“Nuestra primera obligación debería ser salvar la vida al paciente, ¿No es así doctor Quesada?” Preguntó Alejandro, temeroso de la respuesta.

Lázaro se volvió hacia él, mientras seguía trabajando en la hemorragia del costado del hombre.

“Gracias por recordarnos una obviedad doctor Cabeza. Tiene razón,” Ya fuera porque Alejandro había pasado por la muerte de su madre o simplemente porque el doctor Quesada no estaba pasando por un buen momento él mismo, las palabras de Alejandro, le habían serenado. “Vamos a hacer las cosas bien. Primero curamos, luego nos preocupamos por las pruebas y por último veremos qué hacemos con la policía.

“¿Y después?” Preguntó Tomás tras unos momentos de silencio en los que todos estuvieron manos a la obra.

La pregunta de Jorge pilló por sorpresa a Lázaro que simplemente levantó los ojos del paciente mientras seguía trabajando.

“No estamos aquí para hablar del futuro, doctor Tomás. Nuestro trabajo es salvar vidas, como ha dicho su interno. Me gusta ver que le está enseñando bien, espero que siga así. Criminal o no, nuestros pacientes son siempre eso, pacientes que merecen que nos ocupemos de ellos con el mismo respeto y la misma dedicación para salvarles la vida.”

“Y luego la burocracia se la jode.” Sentenció Jorge, mientras caminaba junto a la camilla al ascensor.

Alejandro miró a Jorge, su rostro había enrojecido, no lo había visto nunca furioso pero ahora se hacía una idea sobre cómo era su novio cuando perdía los papeles por algún motivo.

Una vez más, quiso acercarse a él y tocarle el brazo y decirle que no estaba solo, pero se quedó al otro lado de la camilla.

“Doctor Tomás,” Siguió diciendo Lázaro. “Le recuerdo que no estamos aquí para dar nuestra opinión.”

“No se trata de una opinión, es un hecho. El señor Santos o como se llame se ha visto en una circunstancia...”

“Creo que ha dejado claro su punto de vista doctor Tomás.” Sentenció el doctor Quesada. “Ahora, por favor, concéntrese en trabajar en la pierna de nuestro paciente.”

“Jorge...” Le llamó la atención Alejandro y llegó a rozar su brazo con la mano durante un instante.

“Pero doctor Quesada.”

“Doctor Tomás, si no se calma, voy a tener que pedirle que se quede ahí y me deje trabajar con tranquilidad en mi paciente.”

“Me da igual. No sabe lo que es ver a un familiar metido en medio de una organización criminal de la que no puede salir y que le cuesta la vida por una estupidez.”

“¡Doctor Tomás!” Dijo Lázaro con voz fuerte y grave para que Jorge dejara de hablar. “Siento mucho lo que ha pasado su familia, pero estamos aquí solo y exclusivamente para ocuparnos del señor Santos. En cuanto a lo que ocurra después, si quiere hacerse agente social, policía o abogado para ayudar a ciudadanos como el señor Santos o su tío, será una pena perderle aquí en el hospital.”

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta de los quirófanos y comenzaron a sacar la camilla del paciente.

“Lo siento, me he dejado llevar, no pretendía...”

“Lo sé, Doctor Tomás, pero le agradecería que se quedara al margen de esta operación. Está demasiado alterado y necesito una mente fría para abrir el vientre de este hombre, sacarle la bala que todavía tiene dentro y evitar que muera.”

“No me deje fuera de esta operación, por favor doctor Quesada.” Suplicó Jorge.

“Puede verla desde la galería, si lo desea doctor Tomás, con brazo así, tampoco podría hacer nada.”

Todavía no tenía clara su especialización, pero desde luego que una operación como aquella era algo de lo que cualquier médico lograría aprender algo seguro.

“Lo siento, Jorge pero necesito alguien que esté tranquilo y tú no lo estás.” Luego Lázaro se volvió hacia Alejandro. “Se que le voy a pedir algo que no le hará gracia, doctor Cabeza, pero ¿podría acompañar al doctor Tomás de vuelta a urgencias? Tal vez unas cuantas suturas le ayuden a serenarse.”

Alejandro asintió y tiró de Jorge al interior del ascensor para que no intentara seguir luchando y empeorando las cosas. Esperó a que las puertas del ascensor se cerraran de nuevo como si nada hubiera ocurrido y luego se dio la vuelta para ponerse delante de Jorge.

“¿Se puede saber a que ha venido todo eso?”

Jorge se apoyó en la pared con la mirada baja en sus pies y se frotó el hombro herido. Los nervios habían hecho que se pusiera tenso y eso le produjo un dolor por el que iba a tener que tomarse un par de pastillas.

“Da igual. Un idiota como yo con la boca muy grande no va a cambiar el mundo.”

Alejandro se acercó a su novio y apoyó la mano en su brazo y notó que temblaba. Apretó el botón que detenía el ascensor y se lo quedó mirando esperando a que Jorge levantara la mirada y se la devolviera.

Cuando finalmente lo hizo se dio cuenta que su novio no oficial tenía los ojos enrojecidos.

“Jorge, me estás asustando. ¿Qué pasa?”

“¿Qué te importa a ti? No debería importarte, no cuando te trato como si no fueras nadie importante para mi aquí dentro. ¿Por qué no me has dado ya la patada en el culo?”

Se dio la vuelta y comenzó a moverse por el ascensor como un animal encerrado que estuviera a punto de saltar por el techo para escapar.

“¿Pero qué estás diciendo?” Alejandro se acercó un poco más, y puso sus dos manos en los brazos de su superior. “No niego que eres un idiota por mantenerme en secreto, cuando creo que medio hospital sabe que estamos juntos. Pero eso no quita que yo te quiera y esté contigo porque te adoro.”

“Alejandro... Alex”

El interno le cortó el resto de la frase con las manos en sus mejillas y un beso en sus labios, los mordió y lo empujó contra la pared con mucho cuidado y se quedó ahí, con la frente pegada a la suya, mirándole, observando sus mejillas enrojecidas.

“Después de la que has armado ahí fuera, creo que se acabó el tiempo de las excusas. ¿Qué es lo que pasa? ¿por qué has saltado así?”

Jorge guardó silencio un momento, miró para todos lados, esperando que ocurriera algo, que las puertas se abrieran y que alguien o algo le evitara tener que contar aquello. Pero nada pasó y Alejandro seguía mirándole, expectante.

“Están buscando un médico... un interno para ser más exactos, con problemas con las drogas. Alguien ha dicho mi nombre, pero, sé que están buscando por ahí y en algún momento darán contigo y no puedo permitirlo. Por eso no puedo decir nada o que se note de ninguna manera que hay alguien entre tú y yo para que no sospechen de ti.”

Alejandro se quedó pálido de pronto. De todo lo que había imaginado que podía preocuparle a su novio, eso desde luego no era una de las posibilidades. Pero de pronto lo entendió todo, el mal humor, la tensión y la distancia que había puesto Jorge con él esos últimos días.

El interno estaba decidido a abrazar a su superior sin importar quien los encontrara, pero no tuvo tiempo de hacerlo, porque Jorge se lanzó a sus brazos y enterró su cabeza contra el hombro y el cuello de Alejandro entre sollozos.

Apenas tuvo tiempo de atraparlo antes de que ambos cayeran al suelo, pero de nuevo lo apretó de nuevo contra la pared.

“He sido un imbécil, Alex, mi niño. En lugar de ayudarte, te he estado alejando.”

“Por eso no querías que nos vieran juntos.” Jorge le tomó de las mejillas y lo besó con tanta intensidad que lo dejó sin aire y hasta hizo que las piernas le temblaran. “Jorge... si nos ven...”

“Lo sé.” Asintió el residente, le costaba respirar, estaba abogado por más cosas de las que podía soportar y no todas eran malas. “Lo sé, pero, hoy... creo que hoy me siento diferente.”

Se echó a reír, nervioso y se pasó la mano por la cabeza.

“Oye, Jorge, nene. Tranquilo.”

“Si nos ven me expedientan y si no nos ven y yo llego a ser el cirujano más importante del país, me mirarán siempre mal por estar saliendo con un subordinado y tendré que elegir entre mi trabajo, tú y permitir que tu trabajes aquí y llegar lejos o verte marchar... porque la gente pensará que me aprovecho de mi puesto para darte... no sé.” Alejandro le tomó el rostro en ambas manos, le acarició las mejillas y le dio unos cuantos besos para calmarle. Sonrió y se dejó llevar. “Así que a la mierda las normas, a la mierda las reglas estúpidas. Alejandro, ¿todavía quieres tener algo serio conmigo?”

“Jorge... ¿te estás declarando?”

“Eso parece.”

“Quiero algo serio contigo... lo quiero todo contigo.”

Se besaron y las puertas no se abrieron, porque ninguno de los dos puso en marcha el ascensor hasta un par de minutos más tarde. Decidieron seguir manteniendo el secreto porque, por mucho que dijera lo contrario, a Jorge le importaba su carrera de todas formas y no quería estropear la de Alejandro.

No importaba tener que guardar las formas allí dentro durante las horas de trabajo.

Sin embargo, en cuanto el ascensor se puso en marcha, dejó de funcionar porque se había ido la electricidad. El ascensor dio respingo momentáneo y los dos dejaron de respirar durante el instante en el que creyeron que la cabina iba a caer al vacío.

Se miraron y sonrieron. Era una estúpida forma de morir, pero al mismo tiempo, bastante romántica justo después de haberse dicho lo que realmente sentían el uno por el otro.

Jorge estaba a punto de decir algo y Alejandro imaginó una nueva declaración de amor, algo intenso al filo de la muerte, una de esas cosas de las que luego podría arrepentirse si salían vivos.

Pero no.

“¿No tendrás por él número de teléfono de tu hermanastro bombero verdad?”

*

Eduardo: Es una mala idea.

Maite: ¿Qué tiene de malo tomar unas cervezas con tu mejor amigo?

Eduardo: Eres tú la que me has dicho, “sal con Leo y después de un par de cervezas se sincero con tus sentimientos”.

Maite: Lo sé, pero puede que no se de el momento.

Eduardo: ¡Claro que no se va a dar el momento!

Eduardo: Le voy a mirar a mirar a los ojos, me va a sonreír y me voy a quedar paralizado, idiota y seguramente diré algo estúpido.

Maite: Eres encantador cuando dices algo estúpido.

Eduardo: Soy un cretino cuando digo algo estúpido.

Maite: Le vas a enamorar.

“Hola.”

Eduardo dio un respingo al escuchar la voz, levantó la vista. No se había dado cuenta que tenía a Leo justo delante de él, con esa maldita y perfecta sonrisa, su barba de dos días y esos ojos oscuros, maravillosos y brillantes clavados en él.

Siempre se había preguntado si se peinaba a posta para parecer un poco despeinado o simplemente salía así de la ducha y quedaba perfectamente informal.

Algún día se lo tenía que preguntar... pero sin duda no iba a ser ese día.

“¿Te he asustado?” Preguntó Leo todavía más sonriente.

“No, perdona estaba hablando con Maite.”

“Supongo que estarás muy emocionado ahora que has dado con tu hermana.”

“Sí fue una sorpresa encontrarla en el hospital el otro día.” Por un momento Eduardo dejó de pensar en Leo y se apoyó en la barandilla metálica que conducía a las escaleras del metro. “No se, después de buscarla durante casi cinco meses y no tener señales de ella, casi había perdido la esperanza de encontrarla.”

Eduardo jamás se había fijado en un hombre, al menos no del modo en el que mirarle ahora hacía que latiera su corazón o por cómo tenía que esforzarse para no ponerse colorado.

Leo era su mejor amigo desde hacía tiempo. Era su compañero, no recordaba cuántas veces habían arriesgado la vida el uno por el otro y ahora de pronto, Eduardo tenía un miedo terrible, un miedo mil veces peor a que realmente le ocurriera algo malo al hombre que tenía delante.

“¿Te pasa algo?” Preguntó Leo. “No se si te has puesto pálido o colorado.”

“¿Qué? No... yo...”

Leo miró a su alrededor y luego la hora en el móvil.

No había sido la mejor idea, dedujo Eduardo en ese momento, pero no se le había ocurrido otro de conseguir quedar con Leo.

“Oye, cuando van a llegar los demás.” Dijo Leo. “Mira que yo pensaba que llevaba tarde porque me he retresado esperando un paquete de Amazon, pero por lo visto, no soy el único.”

Eduardo se echó a reír. Resulta incómodo decir que no había avisado a nadie, cuando a Leo le había dicho que habían quedado todos para tomar unas cervezas.

No quería quedar como un desesperado, aunque era lo que parecía.

“¿Has avisado a los demás, verdad?”

Eduardo de nuevo se echó a reír, sacó el teléfono del bolsillo, con intención de comprobar o simularlo por lo menos, aunque ya sabía que no iba a encontrar ninguna llamada, ni ningún mensaje de un compañero.

“Sí, claro, pero no sé, a lo mejor les ha surgido algo y al final nos han dejado solos.”

Leo se acercó a él, se apoyó en la misma barandilla y sus hombros se tocaron. Eduardo no pudo evitar estremecerse, pero se sintió aliviado porque su compañero no se dio cuenta; después de todo, la tarde era fresca.

“Bueno, no pasa nada. tu y yo nos podemos ir de cañas.”

“Claro, tu y yo, por supuesto.” Contestó Eduardo.

Quería decirle lo que sentía por él, aunque no tenía muy claro lo que era. La conversación con Maite le había dejado más confuso de lo que se sentía en un primer momento.

Leo le gustaba. Le gustaba mucho y no era estúpido, conocía perfectamente la diferencia entre una gran amistad y lo que le hacía sentir en el estómago cuando lo tenía tan cerca. Pero de ahí a ser capaz de soltarle al primer tío por el que se sentía interesado sus sentimientos.

“¿Estás bien?”

Leo le estaba mirando fijamente. Sus malditos ojos negros, como decían en los poemas, negros como el carbón, intensos y profundos, clavados en los suyos, mostrando una preocupación que le ponía todavía mas nervioso porque Eduardo estaba acostumbrado a que nadie le tomara en serio.

Le tomaban en serio, pero siempre pensaban que una parte de él era de un adolescente que se divertía siendo un crío.

“Sí, solo tengo un poco de frío.”

De repente, Leo, un poco más alto que él, le echó el brazo por los hombros, un gesto que hasta hacía poco era lo más normal entre ellos y que ahora de pronto, a Eduardo le hacía sentir en las nubes.

“Ostras, estás temblando de verdad. Vamos, una cerveza te hará entrar en calor.”

“Leo.”

“¿Sí?” Dijo su amigo deteniéndose delante de él.

“¿Estás saliendo con alguien?”

“Oh, ¿Te refieres a si tengo novio?” Eduardo asintió, incapaz de decir algo con palabras. “Bueno, no soy alguien a quien le guste poner etiquetas a las cosas y eso de tener novio, es algo bastante serio y tampoco me gusta encerrarme una relación con una persona cuando puedo encontrar a alguien que me guste de verdad.”

Eduardo se estaba poniendo nervioso porque no le estaba dando una respuesta clara, un simple sí o no. Con lo fácil que sería saber si podía cometer una de sus locuras sin lastimar a nadie. Podía cogerle de la cazadora, agarrarle, tirar de él y darle un beso.

Lo peor que podía pasar era que le diera una hostia... pero si había alguien en medio; Eduardo no quería hacer daño a nadie. Leo simplemente no le estaba diciendo nada.

“Leo, si no me dices si tienes novio, pareja, follamijo o alguien a quien te estés tirando y que vaya a partirme la cara, voy a lanzarme dentro de cinco segundos.”

“¿Lanzarte? ¿Qué vas a hacer?”

Eduardo a veces odiaba lo buena persona que era Leo, lo simple y maravilloso que era su cerebro, que nunca pensaba mal de nadie y nunca imaginaba algo tan imposible que su mejor amigo estaba colado por él.

“Leo, pensaba que soy una de las personas más abiertas y directas del mundo.”

“Lo eres, lo se, todo el mundo lo dice.”

Eduardo aceleró el paso. Siempre iban a tomar las primeras cervezas al mismo local, así que fue en esa dirección, aunque en realidad podría haberse puesto a caminar sin ir a ningún sitio en concreto de lo nervioso que estaba.

Leo le siguió de cerca, tenía unas piernas largas y estaba acostumbrado a correr largas distancias todas las mañanas, así que no tuvo problemas en seguir el paso.

“Oye, ¿qué pasa? ¿Qué he hecho? ¿He hecho algo que haya podido molestarte?”

Se detuvieron en un paso de peatones. Rodeados de al menos veinte personas, en pleno centro de

Barcelona, Eduardo no iba a serle sincero a su mejor amigo sobre sus sentimientos.

Se volvió hacia él, respondió con fuerza y decidió ser todo lo sincero que pudo.

“Leo, no le he dicho a nadie que había quedado contigo esta noche.”

“Oh, dicho así, suena a que querías tener una cita conmigo.” La respuesta de Eduardo llegó en forma de silencio, no se le ocurrió otra forma de hacerlo sin sentirse especialmente ridículo. “Espera, cuando me has preguntado si estaba saliendo con alguien... y lo de lanzarte...”

El semáforo cambió de color y Eduardo siguió caminando, seguido de cerca por Leo, que por un momento guardó silencio. Cuando Eduardo vio el bar, se sintió aliviado, unas cervezas lo arreglarían todo.

Desde luego Leo no sentía lo mismo que él, no había reaccionado, como alguien que se sentía atraído, halagado y dispuesto a devolverle un beso si se dejaba llevar, haría.

Mejor tomar unas cervezas, olvidar lo que acababa de ocurrir y hacer como que no había pasado nada al día siguiente. No volverían hablar del tema y con un poco de suerte, mucho tiempo y las emergencias suficientes Eduardo también sería capaz de olvidarlo.

“Edu.” La voz de Leo por detrás le puso nervioso, pero no iba a parar hasta entrar en el bar, llegar a la barra y pedir esas cervezas. “Oye, Edu, para, por favor.”

“Tengo frío, venga vamos a entrar y me dices lo que quieras.”

“Me estás evitando, te conozco.”

“¿Qué dices? Solo quiero evitar que se llene y no podamos estar tranquilos tomando unas birras.”

Leo dio un par de zancadas más largas y veloces, lo justo para poder agarrar a Edu del brazo, tirar de él y luego lo sujetó con las dos manos.

“Quieres parar, son las siete y media de la tarde, nadie llena los bares a estas horas. ¿Qué pasa?”

“Lo que pasa es que me gustas y a mi me gustan los tíos... o por lo menos eso creía yo hasta que has aparecido en mi vida. Eres mi mejor amigo y no quiero que eso cambie, pero al mismo tiempo me muero por besarte y por... hacer muchas cosas que nunca había deseado con una mujer... no se si me entiendes.”

Leo asintió intentando aguantar la carcajada.

“Sé de lo que hablas.”

“Oye no te rías.”

“Lo siento, pero me recuerdas mucho a mi cuando tenía diecisiete años y me colé por mi mejor amigo.”

“¿Y?” Preguntó Eduardo de los nervios.

“Fue mi primer amor, mi primer beso, mi primer... bueno mi primer todo, aunque no duramos todo, luego él se marchó a estudiar a... no recuerdo a donde, pero se fue lejos y yo me quedé porque quería ser bombero.”

Se miraron en silencio un momento, estaban cerca, porque Leo así lo había querido cuando había tirado del cuerpo de su compañero y no se había separado de él. Seguía teniéndolo atrapado con sus manos, pero no la fuerza suficiente como para que Eduardo no pudiera separarse si así lo deseaba.

Pero Eduardo no se movió.

“No tengo novio, ni me acuesto con nadie de vez en cuando, no soy de esos.” Siguió diciendo Leo, mientras un nuevo grupo de gente cruzaba el paso de peatones junto a ellos.

“Eso no significa que yo te guste.”

“Edu...”

“¿Qué? Eres un tío abierto para casi todo pero me doy cuenta que en esto... te cuesta dejarte ver. No se si te gusto, no se si puedo besarte.”

“Edu, lo que quiero decir...”

El teléfono de Eduardo comenzó a sonar en su bolsillo al llegar varios mensajes al mismo tiempo.

“Mierda, perdona, a lo mejor es Maite.”

Le había prometido a su hermana estar disponible para ella en todo momento.

Pero no se trataba de ella, aunque en parte sí que era alguien de su familia.

Alex: Casi no tengo cobertura.

Alex: Estamos en el ascensor. En el hospital.

Alex: Se ha ido la luz. Estamos atascados.

Alex: No pinta bien.

Alex: No te lo diría si no estuviera cagado.

“Creo que vamos a tener que dejar las cervezas para otro rato y esta conversación la terminaremos más tarde, pero no te olvides de lo que ibas a decirme.” Dijo Eduardo.

“¿Por qué? ¿Qué ha pasado?”

“Es mi hermano... o hermanastro... lo que sea Alejandro. Está atrapado en el ascensor del hospital. Me necesita. ¿Te vienes?”

“¿Podríamos considerar eso una cita?” Eduardo se quedó paralizado un segundo y luego asintió riendo. “Luego nos besamos, si quieres claro y terminamos en tu casa o en la mía... como todo el mundo.”

Eduardo y él empezaron a correr para coger un taxi y volver al cuartel. Lo miró mientras su compañero corría delante de él.

Leo era increíble.

“Edu, deja de mirarme el culo y piensa en que tenemos que ayudar a tu hermano.”

Sí, definitivamente Leo era increíble y le gustaba demasiado.